

CAPÍTULO X

ADOLESCENCIA

INTRODUCCIÓN

Difícil tarea es la de explicar lo que acontece durante aquellos años de la vida en los que el niño se transforma en adulto, se siente asediado por sentimientos contradictorios, esforzándose en mantener el dominio de sí mismo y alcanzar la capacidad de autoexpresión a pesar de hallarse bajo el impacto de sensaciones e impulsos que escasamente comprende, pero que, insistentemente, requieren de él atención. Es una época de metamorfosis física y emocional durante la cual el muchacho se siente alejado del yo de su infancia, que es para él como un extraño. Es una época de búsqueda. Una búsqueda hacia dentro, para descubrir lo que es; una exploración hacia fuera, para hallar su lugar en la vida; el ansia de encontrar un «tú» en el que pueda satisfacer el afán de intimidad y completamiento. Es una época de turbulento despertar al amor y a la belleza, pero ensombrecida por días de soledad y desesperación. Son unos años en los que la mente divaga libre de ataduras por los reinos de la fantasía en busca de visiones idealistas, para caer a veces en la decepción y el descontento del mundo y de sí mismo. Puede ser una época de aventuras y maravillosos episodios de temeraria locura, que dejan luego un residuo de vergüenza y lamentación. El adolescente vive con una vibrante sensibilidad, que le conduce a las cumbres del éxtasis y a casi insondables abismos. En algunos adolescentes, la estabilidad emocional alcanzada en la infancia y la seguridad que le dan los lazos familiares limitan la amplitud de las oscilaciones y les permiten seguir una dirección bastante firme, mientras que otros han de esforzarse mucho para conservar un sentido de unidad y un mínimo dominio del yo.

La adolescencia puede definirse como el período situado entre la pubertad y la madurez física, pero, al considerar el desarrollo de la

personalidad, debemos ocuparnos de la transición de la infancia a la consecución del estado adulto, con sus prerrogativas, sus responsabilidades y la capacidad de cuidar de sí mismo. Esta transición se inicia con el crecimiento puberal de la talla y es impulsada por los cambios hormonales de la pubertad. Implica una discrepancia entre la maduración sexual, con el correspondiente impulso a la procreación, y la falta de preparación física, emocional y social para una relación íntima y para atender a la nueva generación. Especialmente en las sociedades técnicas industriales, el paso de la infancia a la generación adulta requiere muchos años de experiencia. Aunque la adolescencia corresponde, por lo general, al segundo decenio de la vida, su aparición varía según las diferencias constitucionales del grado de maduración sexual y en su duración influyen factores socioeconómicos y culturales. El muchacho hijo de un agricultor, que deja de asistir a la escuela a los dieciséis años para realizar un trabajo semicalificado y se casa a los dieciocho, tiene una adolescencia muy breve. En cambio, el que sigue estudios superiores y a los veintitrés años todavía está indeciso con respecto a la definitiva orientación de su carrera y le faltan tres o cuatro años más para terminarla, puede considerarse en ciertos aspectos como adolescente, porque aún no está preparado para asumir las responsabilidades adultas al nivel elevado que desea alcanzar.

El paso a través de la adolescencia constituye un período crítico. Al principio, el adolescente tiene todavía mucho de niño; se encuentra en situación de dependencia respecto de la familia, muy apegado a ella y con un futuro todavía amorfo. Pero al final de este período, se ha convertido en responsable de sus actos, la personalidad ha asumido el tipo definitivo y la orientación en la vida está establecida. La fase final, que conduce al término de la adolescencia, es particularmente importante, porque la personalidad debe alcanzar una integración viable. La obtención de una integración satisfactoria requiere una evolución suficientemente adecuada en las fases de desarrollo anteriores, pero también necesita la solución de un cierto número de tareas específicas de la adolescencia, que conduce a una reintegración y reorganización de la estructura de la personalidad, que permite al individuo funcionar como un adulto razonablemente autosuficiente. Una de las principales contribuciones de Erikson a la psicología psicoanalítica del desarrollo es la atención que dedica a la esencial importancia de la adolescencia final. En esta fase, el joven debe lograr la identidad

o hija de alguien; una identidad en el sentido de una conducta propia y consistente, que permita a los demás prever el comportamiento del individuo y sus reacciones. Habrá dado respuesta a la cuestión de «¿quién soy yo?» y por ello sabrán los demás quién es él. El cumplimiento de la identidad del yo requiere ordinariamente la simultánea consecución de la capacidad de orientarse a la interdependencia con una persona del sexo opuesto, a una intimidad que debe abarcar mucho más que la aptitud para las relaciones sexuales y la obtención del placer orgástico, ya que debe abarcar la capacidad de formar una relación importante sin temor a que redunde en menoscabo del yo¹. Pero la adolescencia es, en nuestra época, un período del desarrollo bastante prolongado y hay otras varias tareas evolutivas que deben cumplirse antes de que pueda alcanzarse la identidad del yo y la capacidad para la intimidad.

Cualquier equilibrio que se hubiere establecido en la infancia y que entonces permitió la relativa calma del período de latencia, es destruido por las transformaciones biológicas que anuncian la pubertad. En primer lugar, el niño se ve a sí mismo alejándose de la infancia, cuando el crecimiento prepuberal aumenta la distancia que va de pies a cabeza y su talla le aproxima al mundo de los adultos. Luego, la maduración de las características sexuales secundarias contribuye a crear en el niño una sensación de extrañeza frente a su propio cuerpo. Muy poco después, una repentina aparición de impulsos sexuales que se hace sentir en la fantasía, los sueños, el pensamiento y la conducta perturba los sentimientos del individuo sobre sí mismo y sobre las personas más allegadas. Hasta la imagen de sí mismo y su perspectiva del mundo se modifican, y la emoción y la sensibilidad se hallan bajo el impacto de nuevas sensaciones e impulsos instintivos compulsivos. Cambios igualmente profundos se producen en la capacidad individual. El adolescente se hace capaz de pensamiento conceptual o, en la terminología de Piaget, entra en la fase de las operaciones formales. Es importante señalar que las tareas y los conflictos impuestos por la maduración biológica van acompañados ordinariamente por un potencial intelectual acrecentado que ayuda al muchacho a hacerles frente.

1. Erikson considera que la consecución de la identidad del yo es la tarea primordial de la adolescencia y un precursor esencial de la capacidad para la intimidad (4). Por las razones que se expondrán al estudiar la adolescencia final, creo yo que estas dos tareas están relacionadas entre sí, progresando o por fases que se alternan o apoyan una a otra, siendo la fase final el cumplimiento de una identidad independiente posterior a la capacidad de intimar.

La adolescencia es un período durante el cual el muchacho puede prepararse para ser autosuficiente e independiente, mientras recibe todavía de su familia apoyo, protección y guía. La necesidad de adquirir una mayor independencia respecto de sus padres, origina graves dificultades tanto para el joven como para los padres. Su situación es cada vez más paradójica, porque mientras se está convirtiendo en un miembro de la generación adulta, sigue siendo en el seno de la familia un miembro de la generación de los hijos y carece de ciertas prerrogativas y oportunidades para completar su sí mismo. La tendencia a desenvolverse fuera de la familia se intensifica con la aparición de los impulsos sexuales. En contraste con las erotizadas y sensuales aspiraciones y deseos del período edípico, los sentimientos sexuales son generados en la adolescencia por la actividad hormonal y no pueden ser fácilmente reprimidos. Los pensamientos y los sentimientos instigados por los impulsos tienden naturalmente a aplicarse a las personas que han sido fuente de amor y cariño, pero topan con las barreras de la diferencia de generaciones, el tabú del incesto y con el sentimiento de culpabilidad y los temores que surgieron anteriormente y condujeron al término de la fase edípica. Pero la regresión no puede tener tanto éxito como antes y los sentimientos han de orientarse en otra dirección fuera del ámbito de la familia.

Es importante señalar que la sexualidad genital del adolescente es muy diferente de la sexualidad edípica y preedípica. Freud tendía a difuminar la diferencia, porque quería acentuar la penetrante influencia de la sexualidad anterior a la pubertad. La sexualidad prepuberal se refiere a aspectos eróticos y sensuales de los lazos afectivos, incluida la influencia de la estimulación de zonas erógenas sobre la actitud general, el pensamiento y la conducta, pero no está dirigida por los impulsos en la forma como lo está la sexualidad del adolescente y del adulto. No hay, antes de la pubertad, aumento de secreciones hormonales, ni la necesidad de descarga de esperma o las variaciones del ciclo menstrual, ni tampoco el incremento de la sensibilidad erógena consecuencia de la maduración de los órganos sexuales en la pubertad. Es esencial para una teoría coherente del desarrollo de la personalidad, y para su estudio, distinguir la sexualidad prepuberal de la postpuberal.

Pero el camino que ha de conducir a la independencia frente a la familia y al dominio de los impulsos sexuales y su enderezamiento requiere la reorganización del superyo. Aunque el muchacho puede

continuar adoptando en muchos aspectos los patrones de conducta parentales, estos patrones deben convertirse en propios y no ser impuestos por los padres; deben interiorizarse de forma más completa y, en lo que se refiere a ciertas directrices, deben de ser más bien funciones del yo que mandatos del superyo (9). Además, es necesario que el superyo se modifique, haciéndose más apto para dirigir la conducta adulta, no ya la conducta de un niño, y permitir la satisfacción de los impulsos sexuales y la intimidad.

Un aspecto importante de la búsqueda de una identidad de adulto y de la adquisición de la capacidad de intimidad implica el esclarecimiento y fortalecimiento de la identidad de sexo. Como anteriormente se indicó, la identidad de sexo queda establecida en el transcurso de los primeros años de la vida y se fortalece con la solución de la situación edípica, durante el período de latencia. Sin embargo, en la adolescencia, la elección de un objeto de amor de sexo opuesto contribuye a anular los residuos de la identificación con el progenitor de sexo opuesto y los deseos de poseer los atributos físicos y las prerrogativas sociales del otro sexo. El proceso comprende tareas diferentes para el niño y para la niña. El muchacho, al prepararse para el rol de adulto, ha de superar más decisivamente la dependencia respecto de la madre, para ser capaz de asumir un rol protector frente a la esposa y desempeñar su función, mayormente activa, en la familia y la sociedad. La muchacha completa ahora la solución de su apego edípico al padre y está motivada para la busca de satisfacción y afectos erotizados fuera de la familia, pero su rol social le autoriza a proseguir en su mayor situación de dependencia respecto de los padres. La dinámica de estas vicisitudes en la elección de los objetos de amor y su impacto en la consecución de una identidad sexual firme se estudiará más adelante con mayor detalle.

Las tareas esenciales de la adolescencia conducen a conflictos con los padres que constituyen, en nuestra sociedad, casi un elemento inherente a este período. Se requieren reajustes en los padres y en el hijo, y la adolescencia del hijo puede suscitar conflictos entre los padres y entre éstos y el hijo. Trataremos de examinar la relación entre los conflictos con los padres y los conflictos que se agitan en el interior del adolescente. Al considerar las modificaciones que se producen en la personalidad del adolescente según el *concepto estructural*, debemos reconocer la profunda reorganización impuesta por la creciente intensidad de los impulsos sexuales, por los nuevos recursos intelectuales

de que dispone el yo, por los cambios producidos en las funciones del superyo y por la recientemente adquirida capacidad de deducir directrices de los ideales y las ideologías. Los conflictos interiores entre los nuevos e intensificados impulsos del ello y el superyo provocan ansiedad en el yo, que se encuentra como aplastado por dos fuerzas que actúan sobre él en sentidos opuestos. Esta situación impone la utilización de nuevas defensas. Se originan también nuevas ansiedades porque el adolescente ha de elegir entre varias organizaciones potenciales del yo y se enfrenta con el problema de cómo ha de orientar su vida.

La adolescencia es una época de especial importancia en psiquiatría, porque en ella aparecen con bastante frecuencia graves trastornos afectivos que pueden conducir a la esquizofrenia. Aunque la perturbación puede haberse originado, en gran parte, en épocas anteriores, en este período, los graves fallos que denominamos esquizofrenia apartan de la participación social, debilitan el esfuerzo del individuo que se confina de la lógica y del lenguaje de su cultura y se repliega en la fantasía, guiado más por la ilusión que por la realidad. En otros casos, el individuo se rebela, no acepta las restricciones exigidas por la vida social y trata de vivir fuera de la ley.

Como se deduce de estas consideraciones introductorias, las tareas esenciales de la adolescencia son complejas y no pueden condensarse únicamente en el proceso de la consecución de la identidad del yo. Las diversas adquisiciones requeridas son precursoras de la integración necesaria para que se constituya una individualidad suficientemente independiente para seguir su curso propio en la vida y ser capaz de devenir íntimamente interdependiente con una persona del sexo opuesto, completándose como hombre o como mujer. Pero uno no puede adiestrarse rápidamente en estas complejas tareas. La adolescencia es por lo general un período prolongado, con una duración de cinco a diez años y aun más a veces. En realidad, es todavía un período de dependencia; el adolescente ensaya modos de vivir y de relacionarse con los demás, poniendo a prueba sus capacidades y sus limitaciones emocionales. Puede asumir un rol y abandonarlo luego; puede otorgar su amor sin esperar que conduzca a un lazo permanente. Es éste un período que se caracteriza notablemente por la tendencia a ensayar, pero hay el implícito supuesto de que no todo lo que se empieza ha de ser definitivo. El adolescente explora el mundo-en el que se ha de desenvolver y aprende a conocerse a sí mismo, pero todavía cuenta con

Los padres para recibir de ellos protección y guía y es posible que pase por fases de dependencia regresiva cuando se recupera de una derrota o una decepción.

Los tres subperíodos de la adolescencia

Para poner algún orden en la descripción y el estudio de la dinámica de este dilatado período, lo dividiremos en tres subperíodos. Sin embargo, estas divisiones no pueden considerarse como separaciones tajantes, porque los adolescentes varían considerablemente en el tiempo y el modo de elaborar los diversos aspectos de la adolescencia. Es evidente que el pubescente de doce años difiere notablemente del estudiante universitario, pero varía mucho la forma como se pasa de una fase a otra. Es bastante corriente considerar aparte la preparación prepuberal, dejándola fuera de la adolescencia, y dividir luego la adolescencia propiamente dicha en fase inicial y fase final, pero nosotros estableceremos una división diferente. Pueden considerarse tres fases que se traslapan entre sí. La *adolescencia inicial* comprende la fase prepuberal, cuando el rápido aumento de la talla inicia los cambios en el desarrollo y el principio de la pubertad, que no provoca, en general, un marcado cambio de orientación. Al principio, el niño continúa siguiendo muchas formas de conducta establecidas previamente, permaneciendo en su grupo unisexual y teniendo en gran parte el centro de su vida en el hogar. Luego, unos doce o dieciocho meses después de la pubescencia, se establece un período de expansión, la *adolescencia media*, en el que la orientación al sexo opuesto disuelve los grupos de un solo sexo y las amistades íntimas. Es entonces cuando puede empezar el período de rebelión y de conformidad, tan característico de la adolescencia. Rebelión contra las órdenes de los padres y los adultos y conformidad a las normas, a las exigencias de lealtad y a la ideología del grupo de compañeros. Hay a menudo un comienzo de exploración sexual, que muchas veces, se orienta, más a romper inhibiciones y ensayar las propias posibilidades que a un interés por la intimidad. El amor y el sexo pueden continuar separados. Se abren nuevos horizontes que el muchacho desea explorar. Es también una época de notable ambivalencia y cambios de humor. Tarde o temprano llega un período de delimitación, la *adolescencia final*, en la que el joven se ocupa de las tareas tangibles de enfrentarse con su porvenir.

El muchacho piensa en su carrera y la muchacha más posiblemente, en encontrar al que habrá de ser su esposo. La reorganización de la adolescencia llega a su fin; se aceptan las limitaciones y puede ser bien acogida la orientación. El período de la adolescencia final conduce al individuo a elegir profesión y conyuge, lo que consolida la identidad del yo y la capacidad para la intimidad. Aunque estos problemas corresponden parcialmente a la adolescencia, reservamos su estudio para el capítulo dedicado al adulto joven.

ADOLESCENCIA INICIAL

La gradual progresión del niño hacia la madurez e independencia está alterada por la brusca transformación de la pubertad que cambia las características físicas, los impulsos, la capacidad intelectual y el medio social y requiere una profunda reorganización intrapsíquica. El niño se siente impulsado a convertirse en adulto por el cambio de tamaño y forma que observa en su cuerpo. Debe enfrentarse con nuevas presiones interiores que originan extraños sentimientos y afanes. Se encuentra, además, con una impulsividad y una fuerza irracional para cuyo manejo el niño ha tenido poca experiencia; pero que debe afrontar por sí solo, porque se trata de cuestiones muy personales, que se refieren a la relación con los padres y le incitan a romper su apego por ellos. Es una metamorfosis que conduce a una nueva y definitiva diferenciación física entre los sexos, aumenta la atracción entre ellos y prepara al individuo para que busque un nuevo tipo de intimidad y satisfacción que ha de ser un elemento clave para la felicidad y un incentivo para la motivación.

El estirón prepuberal

El reajuste se inicia incluso antes de la pubescencia, cuando el gradual incremento de la talla y el peso, que prevalecía desde la edad de dos años, se trueca en un ritmo acelerado. El niño aumentaba hasta entonces, aproximadamente, de 1800 a 2700 gramos por año; pero unos dos años antes del inicio de la pubertad, las niñas empiezan a aumentar unos 5 kg de peso y unos 7'5 ó 10 cm de talla por año y los niños unos 5 ó 6 kg de peso y cerca de 10 ó 12 centímetros de talla,